

Cristián Huneus, Cuentista Universitario

Por HERNAN LAVIN CERDA

SE LE VE PASEAR por las callejuelas interiores del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, donde estudia literatura general. Muy alto, de cabellos rubios y lisos, y con anteojos que cubren parte de su alargado rostro. Nació en Viña del Mar, en 1937. Armando Cassigoli ("Ángeles bajo la lluvia") lo incluyó en su antología titulada "Cuentistas de la Universidad". El jurado del Concurso Universitario Nacional dictaminó en 1959: los dos primeros premios en el género cuento para Cristián Huneus; en narraciones de tema libre y ambiente universitario. Actualmente, Huneus, junto a otros nueve escritores, integra el "Taller Literario" que dirige Fernando Alegria en Concepción. También prepara una novela corta.

La editorial del Nuevo Extremo acaba de publicar "Cuentos de Cámara", ocho de sus mejores relatos. Siendo tan joven, 23 años, el cuentista aplica en el tratamiento de sus narraciones algunas cualidades muy apreciables. A pesar de que sus temas no son siempre diáfanos —y carecen de la fuerza necesaria para que se mantenga el interés desde el comienzo al final—, Cristián Huneus, con destreza técnica y una prosa limpia, de frases cortas y extensas, logra el matiz, a través del cual, como el comodín que salva en el juego a las cartas, sale, pero no del todo, de situaciones molestas. Se pide algo más que acuciosidad técnica. Y ese requerimiento complica. Los relatos de Huneus, lo dijimos, no se aderezan con afeites innecesarios. Ni la descripción exagerada ni las palabras o ideas huérfanas. Siempre un ambiente con los elementos para engranar la situación. El estilo, armonioso, sin abusar del idioma rellenándolo de maledades ni dejándolo escuálido, facilita la lectura. No obstante, la puntuación usada con majadera frecuencia ante algunas conjunciones, y el recurso de expresiones inapropiadas,

conspiran contra la belleza de estos "Cuentos de Cámara". La impropiedad no es común en estos relatos; por eso, cuando aparece, se hace más notoria. Pero, para felicidad de todos, en los últimos tres o cuatro cuentos se subsanan errores, no sabemos si premeditada o inconscientemente.

Cristián Huneus inicia sus historias con escuetas descripciones o penetra, de improviso, en diálogos de frases directas. Todo en presente o en un pretérito de acción durativa. Diez, quince, veinte líneas, cuando más, y detiene la narración. Sucede esto apenas entramos en escena, sin siquiera estar planteada la trama que irá desenvolviéndose en una madeja de hechos pasados que se deshilvana, como injerto, en medio de un presente seccionado con intención. Cuando desaparecen estas interpolaciones en el tiempo vuelve la acción en el presente. El quiebre se aprecia, pero como brisa que es difícil descubrir. He ahí una cualidad del autor. En sus relatos pesa más lo que, perdido en el tiempo, se rememora entre grandes guiones: presente... presente.

Sobrias figuras literarias dan realce a los cuentos. Pero no todas las imágenes son bellas y algunas podrían quedar fuera sin que se perdiese la intensidad, la emoción y el interés. *Canto de Cisne*, el primer cuento, largo en exceso, para decir lo que el escritor se proponía expresar. Pasan páginas, con chispazos de un resplandor estilístico apreciable. Falta intensidad para transmitir un asunto complejo y nada fácil de exponer. Detener la acción para partir a un pasado explicativo —sin duda indispensable— atenta, sin embargo, contra la unidad narrativa. En *Primera Vigilia* se presenta un triángulo amoroso, donde surge una pasión circunstancial y vindicativa. Julián y Francisca, una pareja de enamorados siempre re-

lices y llenos de proyectos futuros. Paula, celosa de su hermana menor. En medio de fugaces rayos de tensión dramática; el adulterio: Paula y Julián. Y al fin, un perdón fraternal no del todo convincente. Relato donde la angustia aumenta a medida que Paula recuerda: "Después, creyó percibir un ruido, si: unos pasos lentos, intencionalmente débiles; Julián. Una ansiedad irremediable la hizo incorporarse. El batir de su corazón quedó suspenso; casi desvanecida, miró, rencorosa, a la muchacha que soñaba; pensó dejar la cama; los pasos callaron; luego, un sonido inconfundible; el de un fósforo contra una caja. "Julián fuma". Los mismos pasos, intencionalmente debilitados: "Julián vuelve al sofá". Y, de improviso, un espantoso zumbido de silencio".

Es verdad que no quedan en el recuerdo, bien delineados, todos los personajes que presenta Huneus. La congoja, la ansiedad y el pánico permanecen imborrables. Los problemas de carácter universal desplazan a las visiones ambientales y a los rasgos físicos de quienes dan vida a este acontecer complejo, muchas veces ilógico, donde el desasosiego abre paso a una melancolía rayana en el desequilibrio. Los personajes de este novel autor derraman sus tragedias o comedias.

Y el verdugo, invariablemente, dejará caer su hacha de agudo filo: el fracaso.

Ante él, el escepticismo o la esperanza.

Aparece la ironía risueña en *Mar, amores y un gramático*; pasamos de *Un joven y sus problemas* a los brotes dramáticos del "Pijecito"; y luego, a *Una función de teatro* que ya conocíamos —premiado en el concurso universitario y publicado en "El Mercurio"—. *Día de Niebla* y *Clarinet* son las dos mejores piezas de estos "Cuentos de Cámara". De *Día de Niebla*, que acoge al hastio personificado en Pablo, un profesor primario, marcamos este retrato imaginativo. Espacio restringido para estas escasas líneas poéticas que, algo tímidas, se incrustan en la prosa de Huneus y prometen.

"De la puerta de un patio, enfrente de la pensión, vio surgir, húmeda de niebla, a una criada que se alejaba por la orilla de los muros. La niebla, en oleadas pardas, le envió unos rostros retorcidos del fondo de la calle. Y arrancó de una transeúnte de faldas gastadas una sonrisa sin objeto que colgó del aire un instante y se desvaneció en el horizonte de los techos."